

¿Exclusión social?

Una agenda local para los Objetivos del Milenio

PANEL 23: LA INCLUSION SOCIAL Y EL ROL DE LAS UNIVERSIDADES

La universidad y la globalización

Jesús López-Peláez Casellas
Universidad de Jaén (España)

Si hay algo que inequívocamente caracteriza un concepto tan proteico como la globalización es, sin duda, la inflación semántica del contexto en el que convencionalmente aparece el término. Inmersos en la postmodernidad, y muy concretamente en su *episteme* de relativismo y rechazo de grandes explicaciones unívocas del mundo, no resulta extraño que, además, sea posible encontrar al menos dos versiones de la globalización que se podrían calificar, de forma algo simplista, de positiva y negativa. La resolución de esta paradoja, cuestión en la que nos va la vida y algo más a todo el planeta, constituye uno de los mayores retos a los que se ha enfrentado la civilización a lo largo de miles de años de historia, y por tanto supone una empresa a la que no puede ni debe permanecer ajena la universidad.

A pesar de esta sobre-representación a la que acabo de aludir, es posible caracterizar la globalización como aquel proceso que se caracteriza por considerar todas las actividades humanas como valores mercantiles, y esto con una dinámica geográfica que afecta a todo el planeta. Se trata –entre otras cosas- de un movimiento de unificación, e incluso -si se me permite- de occidentalización, del mundo, un capitalismo nuevo o tardo-capitalismo que implica la desarticulación de regiones enteras, la fragmentación de comunidades, y la exclusión de grupos sociales en virtud de su poder adquisitivo, raza, o género, constituyendo, en rigor, la forma de dominación ideológica más perfeccionada que jamás haya existido. Tal y como afirma el sociólogo francés Sami Nair la globalización supone la aparición de un ‘sistema mundial, imperial y mercantil’ que se constituye como un imperio *informal*, con imposiciones indirectas, sin dialéctica centro-periferia, simultáneamente paralelo y opuesto al imperio colonial tradicional al fundamentarse, no en el poder militar o la ocupación, sino en una serie de elementos que, bien duplican, bien se oponen, a los del imperio tradicional: las empresas transnacionales (que sustituyen a los gobiernos y a los ejércitos), el libre comercio (que reemplaza al sistema esclavista), y el predominio de las instituciones internacionales (FMI, OLC, BM, que cumplen ahora la función de la Iglesia como portadoras de verdades absolutas, transcendentales y por lo tanto incuestionables); pero también, y contrariamente a lo que ocurría en el imperio tradicional, subordinando ahora el poder político al económico. Esto se produce de forma conjunta a un proceso de uniformización de las capas económicas dirigentes que en el nuevo sistema se identifican como las nuevas oligarquías transnacionales. En cuanto a sus orígenes, probablemente podemos determinar que la decisión unilateral del presidente de Estados Unidos Richard Nixon de suspender la convertibilidad dólar-oro en 1971 constituye el momento en el que pasamos de una economía productiva, iniciada tras la Segunda Guerra Mundial, basada en el sistema de Breton Woods, y que dio como frutos diversos avances sociales, científicos y económicos (el *welfare state* entre otros); a otra de carácter especulativo y financiero y que da lugar a la globalización liberal en una forma muy parecida a como la conocemos hoy; esta economía inicialmente se nutre de la imposición del dólar como moneda de cambio internacional, la deuda de los países del Sur y las sucesivas crisis del petróleo.

Pero no debemos olvidar, dentro de esta naturaleza ambigua y paradójica que ya he mencionado, que la globalización también implica (o puede implicar) una necesaria expansión universal del comercio; la muy benéfica circulación de bienes e ideas a escala

mundial (de lo que es buena prueba la arrolladora implantación de Internet); la formación de una opinión pública cosmopolita (la ‘internacionalización de la sociedad’, algo sobre lo que volveré más adelante); la extensión de valores morales tales como los derechos de las mujeres, de los niños y de las minorías, o la solidaridad (los conocidos, entre otros, como objetivos del Milenio); la percepción creciente de la necesidad de articular formas de protección del patrimonio cultural mundial; o la generalización de la democracia tal y como la conocemos en Occidente.

Los resultados en estas últimas décadas son evidentes para cualquier observador, por desapasionado que éste sea: la distancia entre ricos y pobres se duplicó entre 1970 y 2000, y como consecuencia de esto millones de personas mueren de hambre todos los años; Estados Unidos, Japón, y la UE acaparan las tres cuartas partes del PIB mundial, pero sólo constituyen un quince por ciento de la población; ha aumentado el proteccionismo de los veinte países más ricos; la ayuda al desarrollo es inferior a las pérdidas ocasionadas al Sur por ese proteccionismo comercial (datos del Banco Mundial); más de cien millones de personas viven literalmente en la esclavitud (datos de la Internacional Antiesclavista). El ‘nuevo orden mundial’ es, ahora lo sabemos, un periodo de dominio imperial de las grandes corporaciones transnacionales. Pero no se debe menospreciar, no obstante, la dimensión política de la globalización, especialmente tras la caída de la Unión Soviética. El interés de los Estados Unidos por crear un escenario de libre comercio en las Américas, por ejemplo, responde tanto a su necesidad de controlar un mercado de cuatrocientos millones de personas que representan el veinte por ciento de sus exportaciones, como a su aspiración de instaurar el muy publicitado ‘nuevo orden mundial’, de carácter unilateralista y basado en una comunidad de democracias en expansión, al igual que ocurre con sus intereses geoestratégicos en Oriente Medio o Europa del Este.

En definitiva, la globalización ha posibilitado, a través de mecanismos tales como la deslocalización (también a su vez un fenómeno paradójico y moralmente ambiguo), un colonialismo más perfeccionado que funciona a dos niveles: el tradicional, con el traslado de la producción a países con menor regulación laboral y menor nivel de vida; y el interno, creando bolsas de miseria creciente en el interior de los países del norte. La globalización se estructura como lo que podríamos llamar, con Noam Chomsky, un ‘mercantilismo corporativo’, entendiéndolo por esto una mezcla de liberalismo y proteccionismo que, desde el Norte, cuida los intereses de las grandes corporaciones transnacionales en perjuicio de los intereses de las grandes masas desposeídas de los países del Norte y del Sur, reduciendo los estados a una función policial de control de estas transacciones y de represión de la disidencia, y garantizando el libre acceso a los recursos naturales de los países del Sur: el estado ideal de esta globalización es el Estado penal o policial (Peter Phillips; Chomsky; Fair; Tocqueville).

Sería imposible siquiera esbozar aquí cómo se puede establecer y mantener este sistema, o, en otras palabras, cuáles son las armas de la globalización, más allá de las más estricta y obviamente económicas que se han apuntado más arriba. No obstante, se debe mencionar la enorme importancia que tiene en este nuevo contexto el control de la opinión y la información, y aquí nos enfrentamos a una nueva paradoja: si bien es cierto que herramientas como Internet garantizan por su misma naturaleza la imposibilidad de controlar la información en el sentido más tradicional, no lo es menos que el exceso de información (que la misma red, mal utilizada, produce) conduce irremisiblemente en muchos casos a la desinformación más absoluta; en un ámbito muy cercano, hoy

sabemos cómo la estrategia del ejército norteamericano durante la actual guerra de Iraq de incorporar a sus unidades a determinados corresponsales de guerra para “mostrar el conflicto desde dentro” no ha conducido, como cabría esperar, a tener una información más fiable de dicho conflicto, sino a perder la perspectiva necesaria creando una falsa sensación de estar viendo “la realidad” cuando se está accediendo tan sólo a una porción deformada de ella. Por otro lado, la redefinición del sujeto constituye otra de las herramientas utilizadas por los globalizadores: la nueva sociedad globalizada muestra peligrosas tendencias a considerar al individuo al margen de su condición socio-política, reduciéndolo a su “esencia” u origen, tanto étnico como religioso. En otras palabras, se impide la organización política y se elimina el concepto de colectividad o comunidad, sustituyéndose por el de individualidad, a la vez que se obliga al individuo a efectuar su encaje en la sociedad a través de su identidad pre-política o pre-social, esto es, su identidad étnica o religiosa.

Ante todo esto, los miembros de la comunidad universitaria en todo el mundo, pero especialmente en los países del Norte, debemos preguntarnos qué puede aportar la universidad a la solución de este problema, y esto tanto en un nivel general, teórico y abstracto, proporcionando nuevas perspectivas al debate (algo que la universidad suele hacer muy bien), como de forma más pragmática, yendo más allá de esta actitud inquisitiva y produciendo respuestas concretas a situaciones específicas, que contribuyan a desarrollar (algunas en mayor, otras en menor, medida) aquellos aspectos más benéficos de la globalización (que, como he apuntado, ciertamente existen), y a atenuar o directamente eliminar los más perjudiciales. En esto tenemos, ciertamente, menos experiencia.

Sin duda el primer obstáculo que debe salvar la universidad, entendida como institución pero sobre todo como construcción intelectual, es, de nuevo, una paradoja. Porque si la universidad tiene como una de sus misiones fundamentales –acaso *la* misión fundamental- cuestionar el sistema, descubrir sus mecanismos de control y dominio, denunciar las desigualdades, y neutralizar la imposición de una ideología sobre otras, y esto lo hace a través de su triple función docente, investigadora y de promoción cultural, no es menos cierto que, a la vez, como institución, es también parte integrante de ese mismo sistema que debe cuestionar y subvertir, hasta el punto de que se nutre de él (material e intelectualmente), procede de él y sólo puede existir en su nivel de crítica independiente en la medida en la que el sistema exista.

En cualquier caso, entiendo que este problema es menos agudo, o más resoluble, en la universidad pública que en la privada, siquiera porque la primera tiene su subsistencia garantizada por una estructura jurídica y el apoyo de una opinión pública (que sorprendentemente sigue percibiéndola como imprescindible), que no permitirían fácilmente su censura o represión, al menos por ahora y a pesar de las sospechas de que la universidad pública constituye un nido de izquierdistas o radicales liberales. Pero cuál sea el papel primero de la universidad, y de la educación en general, estaba ya claro para un autor tan poco sospechoso de izquierdismo radical como Adam Smith:

El hombre que dedica su vida a realizar unas cuantas operaciones simples, cuyos efectos son también, quizás, siempre los mismos, o casi los mismos, no tiene ocasión para ejercitar su entendimiento y se convierte en general en una criatura tan estúpida e ignorante como es posible que llegue a ser

una criatura humana. ... Pero en toda sociedad avanzada y civilizada éste es el estado en que los pobres trabajadores, es decir, la gran masa del pueblo, deben necesariamente caer, salvo que el gobierno se esfuerce por impedirlo. (Adam Smith, *La riqueza de las naciones*; cit en Chomsky 1994: 109).

Por supuesto, lo que el gobierno debe hacer es posibilitar la formación humana de sus súbditos, en un intento por evitar la estupidez e ignorancia en la que la alienación del trabajo industrial (ahora más que entonces) hace caer a los trabajadores. Ahora bien, esto incluye una misión como agente de subversión, que consiste en el cuestionamiento permanente del 'sentido común' gramsciano, esto es, de la ideología dominante y su producción. Esto quiere decir, en pocas palabras, que una de las primeras, y acaso la principal, misión de la universidad es evitar que se desdibuje su mayor objetivo, que es de carácter finalista, a saber, cómo vivir una vida digna, y evitar también que se sustituya por uno instrumental, qué cosa es el mundo.

El desafío de la universidad es de una naturaleza especialmente importante. No en vano se trata de la única institución que hoy día puede considerarse como genuinamente internacionalista, esto es, la única que puede garantizar que determinadas voces, independientemente de su origen, sean escuchadas. Esto, por distintos y obvios motivos, no lo pueden hacer ni los sindicatos (defensores tradicionales de los más humildes pero que tienden a ignorar a los trabajadores inmigrantes de otros países a los que perciben como una amenaza para los suyos); ni las empresas (que si bien es cierto que son transnacionales sólo atienden a potenciales consumidores); ni los organismos internacionales (más politizados y dependientes absolutamente de los sistemas que critican); ni los estados-nación postmodernos (con una autonomía limitada y en poder de las grandes corporaciones multinacionales).

A la vista de estas reflexiones cabe preguntarse qué acciones concretas puede llevar a cabo la universidad de forma inmediata. Estoy convencido de que la contribución más eficaz y práctica de la institución universitaria a la lucha por neutralizar los aspectos nocivos de la globalización y acentuar los positivos coincide con la labor que, desde muchas universidades, se viene realizando bajo el nombre de 'internacionalización' de la sociedad. En este punto, y por obvias razones, me gustaría utilizar como modelo el trabajo que en este sentido venimos haciendo en la Universidad de Jaén desde su creación en 1993.

Como una de las universidades más jóvenes de España, la Universidad de Jaén ha tenido la oportunidad de planificar sus prioridades docentes, investigadoras y culturales desde cero, sin necesidad por tanto de vencer inercias que, como suele ocurrir en instituciones grandes y tradicionales, lastren su trabajo. Estas prioridades, recogidas en un Plan Estratégico elaborado en 2002 (uno de los primeros de su clase en España), incluyen, en lugar preferente, la internacionalización de la institución como la mejor forma de cumplir su misión con la comunidad a la que se debe. Esta internacionalización, que desde el punto de vista de la gestión se coordina desde el Gabinete de Relaciones Internacionales (unidad con el rango de un vicerrectorado), se articula de forma transversal, afectando por tanto a todas las actividades propiamente universitarias (la ya mencionada tríada de docencia, investigación y extensión cultural). Esto quiere decir que, idealmente, todas las actividades de la universidad deberán tener

una dimensión internacional, que permita articular una visión del mundo capaz de trascender lo inmediato y desarrollar esta misión, ya apuntada, de subversión de lo establecido, crítica internacionalista, y, consecuentemente, elaboración de una actitud ética.

La internacionalización en la Universidad de Jaén se ha proyectado en tres ámbitos, no sólo interconectados (como podía predecirse) sino, por su transversalidad, parcialmente coincidentes. El primero de estos ámbitos es el de la movilidad internacional de estudiantes y profesores. Para muchos estudiosos de la historia de la universidad en el mundo occidental el fenómeno reciente de la movilidad masiva de, sobre todo, estudiantes en Europa gracias al programa Sócrates-Erasmus constituye una revolución en el concepto mismo de formación universitaria cuyos efectos serán sólo comparables a los producidos por el humanismo en el Renacimiento. Sea esta comparación excesiva o no (obviamente nos falta perspectiva) lo cierto es que el fenómeno de proporcionar a cientos de miles de universitarios (a día de hoy un millón doscientos mil) una experiencia de varios meses en otro país, otra lengua, y otra cultura, supone un desafío formidable para conceptos tan arraigados como los de nacionalidad, monolingüismo, pertinencia de determinadas fronteras etc... La difusión de ideas y valores, la derrota de los prejuicios, la apertura al Otro y a lo diferente, el bilingüismo y el plurilingüismo, la relativización de la presunta superioridad de lo propio, la formación de una mente cosmopolita... todos estos elementos que ya apunté como positivos de la globalización son los que se fomentan a través de esta actividad, que comienza, desde Europa, a exportarse, si bien tímidamente, a Latinoamérica (programa PIMA de la OEI), y Marruecos. Del éxito que la universidad tenga en consolidar este fenómeno, estableciéndolo como parte integrante de forma definitiva de la experiencia universitaria, dependerá que sea la versión más humana y positiva de la globalización la que se imponga.

El segundo ámbito en el que la Universidad de Jaén desarrolla esta misión de internacionalización es la extensión de su actividad a contextos internacionales, básicamente con la impartición de los conocidos como postgrados 'in situ'. Brevemente, esto consiste en desarrollar los programas de postgrado (especialmente doctorado) de la universidad, manteniendo los mismos estándares de calidad exigidos para un público español y/o europeo, en aquellos entornos geográficos a los que no puede llegar determinada formación académica por motivos económicos o sociales, decidiendo la universidad hacerse cargo de esta formación como actividad de cooperación internacional, y con tan sólo un filtro de carácter académico. Así, la universidad, con un talante de nuevo globalizador, 'deslocaliza' su acción docente e investigadora pero -subvirtiéndolo el carácter de la deslocalización empresarial- no para obtener un beneficio económico (son actuaciones no lucrativas) sino para contribuir a elevar el nivel formativo de comunidades concretas; frente a la dependencia que pretende crear el capitalismo corporativo, el objetivo de la universidad es propiciar la masa crítica local suficiente que haga su presencia -la de la universidad- a medio plazo innecesaria.

Por último, la Universidad de Jaén acomete la incorporación de grupos de estudiantes de países del Sur también con el objetivo de elevar el nivel de vida (no solamente material) de colectivos concretos que acceden a nuestra institución. Frente al expolio material e intelectual típico de la globalización, esta actividad -de nuevo no lucrativa sino auto-financiable- tiene como objetivo la formación de profesionales y el fomento de su retorno a sus comunidades de origen, de modo que no sólo se contribuya

al aumento del nivel de vida de dichos individuos y sus entornos sino que se posibilite un intercambio cultural que en forma de ósmosis en ambos sentidos contribuya a facilitar la comprensión de otras comunidades, el paso de ideas de una a otra y el cuestionamiento de las diferencias políticas, culturales y económicas a la vez que se resiste la homogenización impuesta desde el sistema económico.

En la Universidad de Jaén, y en muchas otras universidades de las que tengo conocimiento de primera mano, estos tres ámbitos de internacionalización son, a su manera, espacios de esa otra globalización que rehúsa servir al mercantilismo corporativo de que hablaba Chomsky. Muestran cómo la universidad puede crear dinámicas que resistan la imposición ideológica propia de la globalización como fenómeno incontrolado que pretende la uniformización, la fragmentación, la exclusión y, en definitiva, la mercantilización de lo humano. Por supuesto, no se me oculta que estas mismas actividades son susceptibles de corrupción, y por esto mismo la universidad, en su aplicación, debe poner todo su empeño. Los riesgos no acaban aquí. En un nivel de nuevo más abstracto o teórico corremos el riesgo, siempre presente, de confundir conocimiento con comprensión y de ceder a la presión neoliberal y economicista, descuidando la faceta humana que la universidad siempre ha de tener; de hipotecar nuestra independencia; de olvidar la ya mencionada triple misión (docencia, investigación, extensión de la cultura); de constituirnos, a través de la investigación financiada con fondos públicos, en un vehículo que posibilite exclusivamente el beneficio privado al socializar el coste. Pero la labor en la que no podemos fallar si no queremos perder la batalla de la globalización es la de producir una ‘cultura moral’ (Chomsky) que neutralice la despersonalización propia de la globalización y rechace la mercantilización de lo humano que apuntaba más arriba:

Investigar y crear son los centros en torno a los cuales giran más o menos directamente todos los intereses humanos ... por eso hay algo degradante para la naturaleza humana en la idea de negarle a cualquier hombre el derecho a serlo [impidiendo la existencia de] la vida interior del alma. (Wilhelm von Humboldt; cit. en Chomsky 1994: 105).

Estoy convencido de que la universidad debe crear una ‘política de civilización’, utilizando las herramientas de la globalización para elaborar una república universal (Naïr). Debe asimismo utilizar su conocimiento para profundizar en la cooperación internacional, el compromiso y el establecimiento de acuerdos, el pluralismo, la preocupación por el bienestar social y el igualitarismo, y para crear una dinámica re-humanizadora que combata los objetivos del proyecto globalizador liberal y los sustituya por una guía universalista basada en la creación de una auténtica ‘cultura moral’.